

El Fantasma de Marx

Que Marx sea hoy, y con motivo del centenario de su muerte, objeto de universal conmemoración, parece un signo ambiguo, por lo menos de doble sentido. Significa, por una parte, que su pensamiento está, de alguna manera, asimilado e incorporado a un **establishment** de ideas. De lo cual, por otra parte, se sigue que su filo está mellado, que la capacidad crítica de sus ideas se habría desvirtuado.

La celebración de Marx tiene, pues, mucho de ocaso. El ocaso de aquel "fantasma que recorre Europa", que decía el **Manifiesto Comunista**, fantasma que ha venido a tomar, en definitiva, el cuerpo espeso de una burocracia policial.

Generaciones de intelectuales, sin embargo, ha querido salvar a Marx sea del complejo político constituido por el Partido Comunista, la Unión Soviética y Stalin, sea de su identificación con el pensamiento de Engels, o con la praxis de Lenin. Se ha querido, en esas tentativas, rescatar al pensador romántico o al científico social en figura revolucionaria. Rescatarlo de la contingencia histórica cada vez más fatídica de ese complejo político, o de la caída en la estrechez mental del positivismo de Engels, o de las astucias del maquiavelismo político de Lenin.

Pero ¿es ésta una distinción válida? ¿Es el pensamiento de Marx otra cosa, acaso, que el señuelo ideológico del mismo torbellino que envuelve por igual e indiscerniblemente a Engels y Lenin, a la Unión Soviética, el P.C. y el stalismo? Es quizá una pregunta que merece hacerse a la altura de este centenario.

A favor de un posible rescate del pensamiento de Marx ha jugado el hecho de que su obra quedara inédita en parte considerable: de **El Capital** se publicó en vida suya solamente uno de sus tres tomos; la **Ideología Alemana**, los **Elementos Fundamentales para la Crítica de la Economía Política**, los **Manuscritos Económicos—Filosóficos**, las **Tesis sobre Feuerbach**, son, por ejemplo, escritos que han venido a publicarse, en su estado de inconclusión, algunos de ellos, recién hacia la mitad de nuestro siglo. El pensamiento de Marx permanecía, pues, indeterminado, obrando desde incógnitas expectativas que hicieron posible, inclusive, que en las últimas décadas se hiciera de él una lectura “humanista”, o bien “existencialista”, o bien “cristiana”.

Pero en sus límites precisos el pensamiento marxista ha tenido una formulación canónica en dos tesis básicas: una tesis sobre la dialéctica materialista, y otra sobre el materialismo histórico.

El famoso Prólogo, a la **Crítica de la Economía Política** fija la primera en términos de una relación entre “fuerzas productivas materiales” y “relaciones de producción” y establece que el modo de producción de la vida material determina el proceso de la vida social, política y espiritual. Las formas jurídicas, políticas, religiosas, artísticas o filosóficas, según esta tesis, no son sino formas ideológicas en las que los hombres adquieren conciencia del conflicto que se libra a nivel de las “fuerzas” y las “relaciones” de producción de su vida material.

El materialismo histórico, a su vez, proyecta la tesis dialéctica a una interpretación de la historia como el escenario de la lucha de clases. El **Manifiesto Comunista** es una vibrante exhortación a radicalizar esa lucha, y **El Capital**, un ensayo para diseñar su sentido a través de una interpretación crítica del modo de producción de la sociedad capitalista.

La dialéctica materialista tuvo la pretensión de “invertir” el pensamiento de Hegel, cuya filosofía un autor ha caracterizado como una “teoría de Dios”. Marx

darse con su “meollo racional”, aunque es probable que haya ocurrido lo contrario: que se le haya escapado su racionalidad para conservar solamente su mística invertida.

La lucha de clases, a su vez, fue una categoría interpretativa de algunos historiadores que Marx absolutiza como razón de la historia y la proyecta al final feliz de una sociedad comunista donde cada uno da lo que es capaz y recibe lo que necesita.

Con esos recursos asaz endebles, Marx contribuyó a la emergencia histórica de un vasto estrato de la sociedad, la clase obrera. Lo hizo con una concepción del mundo modelada sobre el trabajo productivo material, que es el mundo inmediato de esa clase. Sobre esa base reprodujo en caricatura las escenas de una historia de la salvación, con su mesianismo y su escatología terrestres. Planteó, así, un reino de justicia y libertad, una teología de la liberación que, en la práctica, no ha tenido otro rostro que el de un bárbaro despotismo donde ningún hombre puede vivir plenamente su fe en Dios, donde el pensamiento está amordazado y nadie es libre ni para expresar sus opiniones, ni para reunirse y asociarse o moverse por su propia patria, ni menos para salir de ella.

Pudiera decirse, parafraseando palabras del propio Marx, que la crítica de su filosofía y de su economía está hecha; y en buena medida como resultado de su propio “éxito”. Ellas no funcionan ya para nadie ni como filosofía, ni como ciencia, dentro y fuera del cerrado mundo socialista, como esos heroicos testigos que son Solzhenytsen, Pasternak o Sakaroff, lo han acreditado.

Sin embargo, esas ideas flotan todavía en la atmósfera espiritual e intelectual de nuestro tiempo y la contaminan. Ojalá este centenario provoque un esfuerzo en profundidad para limpiar el aire, para exorcizar el fantasma.

R